

Cuentos

por **Miriam Gómez**

Dueña de una memoria escrupulosa y de un humor desparpajado, Miriam Gómez conoció de primera mano las andanzas de Guillermo Cabrera Infante al lado de otros escritores. En este texto pasa revista a sus encuentros y desencuentros con Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Octavio Paz y otras figuras capitales de la literatura latinoamericana.

Carlos Fuentes contaba que estaba en La Habana cuando entraron los rebeldes, también estuvo en París en mayo del 68, como Walter Mitty, él participó en grandes hechos desde lejos.

En mayo del 68 Guillermo viajó a París para llevarle a Julio Cortázar el primer *draft* de su guion basado en su cuento “La autopista del sur” al que Guillermo había titulado *The jam*. Ya había escrito *A film treatment* con carátula en negro de 51 páginas, otro con carátula en fucsia de 106 páginas con una sinopsis para facilitar la lectura, otro con carátula azul marino con 100 páginas, con los automóviles en su posición para los técnicos.

El primer *draft* con fecha 11 de febrero 1968, con carátula color blanco hueso, fue el que le llevó a Cortázar con el segundo cheque, el primer cheque fue por la opción del cuento.

Guillermo tuvo la mala suerte de viajar en mayo y quedar atrapado en París por muchos días debido a la revuelta del 68.

Aquí, en Londres, en ese momento vivían Mario Vargas Llosa con su mujer Patricia y sus dos hijos Álvaro y Gonzalo; ellos por casualidad vinieron a vivir a dos cuerdas de nuestro apartamento. Mario daba clases en una universidad.

El año anterior, en 1967, Guillermo y yo celebramos como nuestro su Premio Rómulo Gallegos.

También Carlos Fuentes con Rita Macedo y su hija Cecilia se pasaban una gran temporada en Londres, que Rita aprovechó para tomar clases de actuación en RADA y Cecilia para perfeccionar su inglés.

En Londres las noticias eran muy a la inglesa, con esa distancia que dan las islas.

Por suerte yo tenía un radio Admiral All World que podía coger emisoras francesas, ya que en España las noticias de París tenían la distancia que daba el franquismo. Cuando yo oía una noticia importante se las comunicaba. También Guillermo con mucho trabajo logró tener línea y me llamó.

En París Guillermo estaba desesperado por regresar.

En ese viaje Severo Sarduy le presentó a Emir Rodríguez Monegal. También fue con Juan Goytisolo y Jean Genet al diálogo de Jean-Paul Sartre y Daniel Cohn-Bendit, pero

no pudieron entrar de tanto público que había. Lo oyeron desde afuera.

A Guillermo le dio mucha pena con Sartre, se oía inseguro con un tono pasado, de otra época, ante el chorro vehemente, muy *pop*, casi bailable de Cohn-Bendit.

Por fin G. pudo salir en un autobús vía Bélgica, no quería ni recordar la angustia de estar en otra revolución.

La gran sorpresa fue que Carlos Fuentes, que esperó que todo se calmara en París, publicó después un libro sobre mayo del 68. Él también estuvo ahí.

II

Cuando Guillermo regresó de París donde le entregó el guion y el cheque a Cortázar por la adaptación de “La autopista del sur”, ya John Barry estaba formando todo el equipo con técnicos y hasta había empezado a escribir la música. También había puesto un anuncio en *Variety* a toda página del cascarón de un automóvil sobre otro bellissimo, dando la impresión de ser exoesqueletos de dos automóviles, uno montado sobre el otro; tengo esto y los papeles con este membrete.

Uno del nuevo equipo, de esos que se leen todo buscando temas para el cine, se dio cuenta de que el cuento en que se había basado el guion estaba completamente levantado de un cuento americano del año 1958, y lo mostró. Guillermo no sabía dónde meterse.

Guillermo nunca le dijo a Cortázar el motivo de la suspensión del proyecto.

John Barry que tenía los derechos del guion se apresuró a venderlo, no sé a quién, ya que G. no supo más de John Barry.

Guillermo no recibió ni un *pound* de ese pago, ya que habían gastado muchísimo formando una compañía para la producción, ni podía exigir pago por algo que él había creado, se sentía hasta culpable.

Yo que lo anoto todo, anoté: “Cuento americano de 1958 sobre un enorme *jam*.”

Antes de conocerse, Guillermo nunca había leído ni oído de Cortázar. Calvert Casey le escribió tal vez en 1963 a Bruselas, adonde habíamos llegado el 1 de octubre de 1962, porque lo habían nombrado *attaché* cultural en Bélgica (en

una desbandada al grupo de *Lunes de Revolución*). Calvert le decía que había conocido a un escritor argentino magnífico que vivía en París llamado Julio Cortázar, con gran interés en la música, sobre todo el jazz, al que le había dado una copia del cuento “Ella cantaba boleros” (este cuento lo escribió Guillermo mientras hacía la guardia miliciana en el periódico *Revolución*, en donde le dieron la noticia de que la cantante Freddy acababa de morir en Puerto Rico; ese día fue el 31 de julio de 1961 y lo escribió en pleno *shock*, ya que él era un fan total de Freddy; lo tituló “Ella cantaba boleros” jugando con el título de *Lady sings the blues* de Billie Holiday que había salido en 1956 y era uno de sus discos preferidos). Calvert le dijo que “Ella cantaba boleros” le había gustado mucho a Cortázar por el uso del lenguaje y de la música, que cuando fuera a París tratara de conocerlo.

En uno de esos viajes a París para oír jazz conocimos a Cortázar.

III

Guillermo nunca contó el motivo por el que no se hizo *The jam*, él no hacía esas cosas, pero yo sí, yo anoto casi todo y anoté la fecha: “Cuento americano de 1958 sobre un enorme *jam*”, y puse la nota en el primer *draft* del guion. En vida de Guillermo solo teníamos su máquina de escribir; al año de su muerte me compré una Apple portátil, luego compré un compacto para meter y guardar todo lo de Guillermo en disco, también para comunicarme con mis amigos.

Entre mis nuevos amigos tengo uno muy especial que sabe llegar al fondo de las cosas como llegó a un “Manicero” por Duke Ellington que una vez le puso un crítico de jazz en Bélgica a G. diciéndole que de unos acordes que hizo Ellington en esa pieza salió el bossa nova. Guillermo lo buscó toda su vida para oírlo otra vez. Orestes, así se llama mi amigo, lo sacó del fondo de ese verdadero cuento de nunca acabar que es el internet, donde una cosa te lleva a otra. Al recibirlo inmediatamente lo puse a la altura que a Guillermo le gustaba oír el jazz, oyéndolo yo lo oía él. Ahora han limpiado ese disco y es increíble lo bien que suena.

En menos de media hora mi amigo Orestes había localizado el cuento y me envió una copia de dos páginas del cuento ilustrado con un dibujo de dos *jams*, uno que viene y otro que va, formando dos monstruos donde las vértebras son autos con la palabra JAM uniéndolos y arriba dice: *Fiction by Henry Slesar*.

Con esos datos busqué Slesar en Google y supe que escribía mucho para el programa de Hitchcock en televisión y que era un autor con miles de lectores, sobre todo en Alemania.

También encontré la fecha en que se publicó: *Playboy*, volumen 5, número II, de noviembre de 1958.

Sin saberlo, Guillermo fue al creador devolviéndole el título original *The jam*.

Encontré también buscando a Cortázar que, en la misma fecha en que Guillermo escribía el guion, Godard filmaba *Week-end* donde no se da crédito ni a Cortázar ni a Slesar, pero al principio, en *The jam*, Slesar dice que es *weekend*, y uno de los personajes piensa: “Man, what a weekend.”

No sé qué hizo Cortázar, pero ladrón que roba a ladrón... Guillermo ni se enteró, hacía tiempo que no veía a Godard, él, que era un fan de sus primeras películas, además de que también estaba metido en nuevos proyectos, entre ellos *Vanishing point* (en producción), y viajaba por Estados Unidos buscando locaciones y haciendo los cambios al guion, adaptándolo a esas locaciones.

IV

El cuento sobre el guion basado en *Aura* pertenece a la picaresca.

Carlos Fuentes necesitaba dinero urgentemente, ya que vivía más allá de sus medios, cosa que le parecía muy cómica a Guillermo... Al ver Carlos la gente que venía a saludar a Guillermo en el Club Dell’Aretusa en King’s Road del que éramos miembros, donde G. lo había invitado varias veces y cómo había colocado el cuento de Cortázar, le pidió que le vendiera un cuento, cosa que hizo.

A Guillermo le había gustado mucho *Aura*, a Carlos le pareció magnífico. G. le presentó una sinopsis a un productor que conocía muy bien y que se interesó con el título *The horizontal door*. Hizo un primer *draft* cambiándole el título por *Birthday*. Estaban casi decididos a entrar en producción con la mala pata de que aquí en Londres, en donde se estrenaban muy pocas películas italianas, pusieron *La strega in amore* de Damiano Damiani, donde aparecían el título *Aura* y el nombre de Carlos Fuentes bien notables. Como el guion era bastante alejado de *Aura*, Guillermo les dijo que era otro libro, que Fuentes siempre escribía sobre temas muy parecidos.

Ya Carlos no estaba en Londres, Guillermo le sugirió que publicara una novela con el título de *Birthday*, y basada en el guion, lo más rápido posible, cosa que hizo.

Cuando Carlos le envió el libro era la traducción del guion de Guillermo de punta a cabo, solo quitó las indicaciones cinematográficas. A G. le dio un ataque de risa, pero le gustó mucho que fuera el libro de Carlos Fuentes preferido de Juan Goytisolo.

Nota: Poseo todos los guiones de *Cumpleaños* y el libro que envié.

V

Guillermo vino a Londres invitado por Joe Massot, al que había conocido en La Habana al principio de la Revolución. Joe era norteamericano hijo de madre cubana, una hermana del juez Medina de La Habana.

Joe era un *bustler* perfecto, podía sacarle el jugo a lo que se acercara, se lo sacó a Guillermo, pero fue una bendición conocerlo ya que Guillermo era la persona que menos tocaba

puertas que he conocido. Joe nos salvó de un exilio tenebroso, él nos facilitó venir a un Londres deslumbrante, el centro del mundo en 1966.

Guillermo acudió otra vez a su nombre protector de Caín, como Caín escribió sin parar:

En 1966 escribió *El máximo*, original sobre un viejo chiste político acerca de un dictador mezcla de Batista y Castro. Este guion quedó anulado al salir *Bananas* de Woody Allen en 1971.

El 21 de marzo de 1967 terminó *Wonderwall*. Basado en una historia del francés Gérard Brach al que G. conoció en ese Londres repleto de creadores.

Creo recordar que G. le cambió el título. Gracias a este guion fue varias veces a la grabación de la música por George Harrison y a una de los Beatles, también a la gran fiesta de Apple en Baker Street.

The hero, 126 páginas.

The jam, 1968. Basada en el cuento “La autopista del sur” de Julio Cortázar. Este fiasco terminó la relación con Joe Massot.

Birthday, 1968. Basado en *Aura* de Carlos Fuentes.

Vanishing point, 1961-final draft, 1969. Basado en un caso que leyó en la prensa el fotógrafo Malcolm Hart, su página tenía el título de *Delivery*. G. buscando otra palabra en el diccionario encontró por casualidad *Vanishing point*, ese título y su significado cambió todo el enfoque del filme. Pensaron en varios directores y todos estaban ocupados. Fox quería sacarla cuanto antes y se la dieron a Richard C. Sarafian que era muy bueno filmando en la carretera.

Sarafian llegó con el guion completamente listo. Fox apostaba por Barry Newman y Sarafian quería a Bill Cosby con el que había trabajado mucho en televisión. A Guillermo Bill Cosby le gustaba mucho como actor, pero les hizo ver que con él se perdía el nihilismo y el existencialismo del protagonista y se convertía en un caso racista y le quitaba al personaje de Cleavon Little del ciego que guía.

A Guillermo, en 20th Century Fox, le dieron las oficinas que usaba Raymond Chandler. También lo invitaron a la filmación del número musical de Mae West en *Myra Breckinridge* y lo llevaron a saludarla. Esto y Anthony Quinn demostrándole con una gran actuación la escena de una de las tentaciones de san Antonio, cuyo guion él quería que Guillermo hiciera, esos dos momentos fueron lo mejor que vivió en Hollywood.

En 1970 hizo el primer draft de *The Salzburg connection* para la Fox. Y llegó la oferta de hacer *Under the volcano*, terminó el último draft el 1 de mayo 1972. Durante todo este tiempo, Heberto Padilla en Cuba utilizó *Tres tristes tigres* —el libro de Guillermo premiado por Seix Barral— para atacar al libro de Lisandro Otero.

Se formó la revista *Libre*, que sería una revista libre, y de Cuba enviaron a Carlos Franqui y a García Márquez quienes la convirtieron en una revista castrada por el castrismo

con un solo enemigo, Guillermo, cosa que no lo sorprendió ya que Franqui se la había hecho cuando suspendieron *Lunes de Revolución*, revista dirigida por Guillermo. Franqui, el antiguo amigo, con *Libre* lo acusó de todo con frases más de salón del oeste americano o de *garage* del Chicago de los años veinte. Franqui le aconsejaba que si lo veía en la calle pasara para la otra acera. Cortázar que, si Guillermo entraba por la puerta, él saldría por la ventana.

En la promoción y la presentación hablaron más de Guillermo que de la revista. Pero los dioses les enviaron el “caso Padilla” junto con el primer número. Guillermo que estaba tan ocupado y tan lejos de todas esas cosas se vio envuelto en toda esa bazofia que él creía que había dejado atrás.

VI

Al meterse tanto en el libro de Malcolm Lowry y cayéndole tantos problemas, ser G., Caín y Guillermo Cabrera Infante le creó unos cambios de personalidad que lo llevaron a un bloqueo mental total.

Si alguien viene a nuestro apartamento verá que en una esquina, fuera del orden alfabético en la librería, hay una botella de mezcal muy vieja y detrás están los libros de Malcolm Lowry. Pensé sacarlos de la casa, pero los amarré con esa botella de mezcal que le regaló el poeta Hugo Gutiérrez Vega, que era diplomático mexicano en Londres, cuando supo que estaba escribiendo un guion sobre el libro, botella que le había regalado a él una diplomática inglesa que conoció muy bien a Lowry en México.

Después de someterse a dieciocho *electroshocks* gran parte de su memoria se borró, o mejor dicho se escondió, en el caso de Guillermo algo fatal para un escritor como él porque su memoria era la materia de sus libros. Para recobrarla puso un inmenso mapa de La Habana en la mesa del comedor y poco a poco recordó, y recordó cosas que yo había olvidado, como el vestido azul cielo con lunares blancos que yo llevaba el día que nos conocimos.

En medio de esto terminó la dictadura franquista y pasó algo muy parecido a lo que sucedió en Inglaterra con la Restauración en 1660, los españoles pasaron de un no a un sí total al que llamaron Destape, donde crearon muchas revistas. En una de esas nuevas revistas un analista escritor, que le caía muy bien a Guillermo, le pidió un relato sin esa autocensura que se sumaba a la censura del franquismo.

Él pensó en varias cosas, pero yo adoraba su encuentro con una muchacha bellísima que él conoció en el bachillerato; yo la conocí como actriz y me sabía ese encuentro de memoria. Al leerlo cuando lo terminó me di cuenta de que había recobrado su memoria completamente, recordaba todo.

Lo titulé “La muchacha más bella del mundo”, lo escribió al principio del Destape, pero ese cuento fue el impulsor de *La Habana para un infante difunto* que también escribió para reforzar su retentiva.

Mientras trabajaba en el libro hizo muchos artículos que junto con los *royalties* de *Vanishing point* —el 6% de lo que gana la compañía inglesa— completaban nuestra precaria economía, con el lastre de recaídas mentales, ya que el diagnóstico final que le dieron fue que era bipolar, y los bipolares no pueden hacer planes.

La Habana para un infante difunto salió en 1979 con muy buena crítica, pero también como siempre las ponzoñosas malvadas flores con su veneno y mala fe acusaron al libro de haberle plagiado a la película *10*, dirección y guion de Blake Edwards. *La Habana para un infante difunto* y *10* salieron casi al mismo tiempo.

Nosotros evitábamos en esa época ir al cine por lo caro que salía tomar un taxi y una de las secuelas que sufrió Guillermo fue un rechazo al metro. Decidimos ver la película cuando pasó a un cine cercano, y no creíamos lo que sucedía en la pantalla: aquello era “La muchacha más bella del mundo”, no en La Habana sino en Hollywood; no le ponía el disco de *La mer* de Debussy, le ponía el *Bolero* de Ravel.

Guillermo en su impotencia entró en una crisis. Yo en mi impotencia logré elevarme a ese estado de furia que puedo coger y les deseé todo el mal del mundo, hasta le deseé a la poca cinematográfica protagonista que perdiera la única gracia que tenía.

El cine está lleno de robos y trampas.

VII

Guillermo nunca había contado lo de *Cumpleaños*, solo lo hizo una vez como algo muy cómico para aplacar la ira de Octavio Paz en el restaurante Mr. Chow de Knightsbridge en Londres.

Octavio y Marie-Jo habían viajado a Europa después de una larga temporada sin poder hacerlo debido a que habían limitado mucho las divisas que se podían sacar de México. En esas condiciones tan precarias llegaron a París donde Carlos Fuentes, que se encontraba ahí, los invitó a cenar a un restaurante ruso, el mejor, el más caro. También invitó a otro mexicano amigo de ambos que estaba, como Octavio, escaso de divisas.

Como Carlos Fuentes, que era el anfitrión, pidió caviar y blinis con crema agria y vodka, ellos también lo pidieron; lo mismo pasó con el plato principal para el que Carlos escogió y pidió el vino. Después de los postres Carlos se excusó para ir a la *toilette*; un rato más tarde se acercó el *mâitre* con la enorme cuenta comunicándoles que Carlos se había tenido que retirar pues había empezado a sentirse muy mal.

¡¡¡HORROR!!! Aterrados por la cifra hicieron una poniña con el poco dinero que les dejaron sacar de México, hasta Marie-Jo puso del poco dinero personal que llevaba.

Para calmar y alegrar nuestro posterior almuerzo Guillermo lo tiró a risa y les contó como cosa muy cómica

lo de *Cumpleaños*. Parece que Octavio a su regreso a México contó su cuento y el cuento de Guillermo, y empezaron a llegarle a G. invitaciones para que fuera testigo en un juicio de plagio contra Carlos Fuentes, y escribiera sobre *Cumpleaños*, cosa que G. en vida nunca hizo.

VIII

Ya que estoy contando contaré por qué Guillermo terminó su amistad con Carlos Fuentes.

Habíamos alquilado en Nueva York por un mes el apartamento muy agradable de un amigo que se iba de vacaciones. Ya habíamos visto a Carlos que vivía en Princeton, esa era su dirección, pero daba clases en una pequeña universidad o *college* a casi más de dos horas de viaje dos o tres veces a la semana. Carlos nos invitó a almorzar, yo decidí no ir por miedo a la cuenta final, ya que Guillermo estaba enfermo y yo tenía que cuidar mucho los gastos.

El almuerzo fue en Grand Central Station, la cita no fue bajo el reloj, fue en el restaurante. Carlos Fuentes se apareció con una pequeña libreta para anotar cosas sobre Roberto Fernández Retamar que lo había atacado, a él y a Pablo Neruda, por participar en el PEN Club, con una carta colectiva con firmas. Hasta pusieron la de Guillermo que ya estaba en Madrid y no pensaba volver jamás mientras existiera esa dictadura; Carlos afirmaba que fue Fernández Retamar el que había organizado ese ataque.

Guillermo tenía muy poco que decir de Fernández Retamar, ya que lo consideraba un personaje turbio, que nunca fue su amigo y lo creía capaz de todo por subir; le dijo que no valía la pena que él bajara a atacar a un personaje así. Carlos Fuentes por primera vez pagó la cuenta del restaurante. Guillermo regresó al apartamento asombrado de que pagara y de esa furia por un personaje tan inferior en esa dictadura.

Como Guillermo, al contrario de mí, dormía en la mañana, bajé a la calle para comprar las cosas para el desayuno y el periódico *The New York Times*.

Desayuné sola como siempre, esperando a que Guillermo se levantara, me puse a leer el periódico; cuando llegué a las páginas de artículos y opinión vi un artículo digno de ese periódico que, desde antes de la toma de Cuba por la familia Castro, ha sido un cómplice y propagandista de esa dictadura y del sufrimiento del pueblo cubano. El artículo era de Carlos Fuentes, que iba más allá de ese periódico en su defensa de la dictadura de los Castro.

Cuando Guillermo se despertó y leyó el artículo solo comentó: “Esto ya no es chistoso, esto es una burla.”

Jamás volvió a hablarle, ni a hablar de Carlos Fuentes, aunque vino a vivir a unas cuadradas de nosotros en Londres. —

MIRIAM GÓMEZ es la viuda de Guillermo Cabrera Infante y se ha encargado de la edición póstuma de su obra.